

EL DON Y EL SERVICIO DE LA MÚSICA

Prof. Sergio Militelo¹

«Allí donde escuchas cantar quédate, los hombres malvados no tienen canciones», ha escrito un poeta en el siglo pasado², casi como si nos dijera que la música es un bien precioso que nace del hombre «bueno» y no del hombre malvado, imperfecto y corrupto.

La serenidad y la sana alegría del canto se identifica, entonces, con la bondad del hombre, una bondad de ánimo, de corazón como centro del ser, de modo tal que el canto y la música son particulares expresiones del corazón que brotan de las profundidades del ser.

Después de esta breve premisa, quisiera iniciar esta ponencia describiendo brevemente cómo los conocimientos científicos hablan acerca del nacimiento de la música, aportando así una ulterior contribución a lo que se ha dicho al inicio.

Sabemos que el origen de la música es muy remoto. Entendida como lenguaje «organizado» ha tenido diversos nacimientos, relativos a las diversas civilizaciones y lugares geográficos. Refiriéndonos a la primera población sedentaria «civilizada» en el mundo (después de las civilizaciones del Valle del Indo), encontramos los «Sumerios», una etnia de la Mesopotamia

¹ Compositor, director de coro, concertista y docente italiano de jerarquía internacional. Es autor de música coral, para órgano, de cámara y orquestal. En el 2002 fundó el «Centro Internacional para la difusión de la Música Sacra» y desde el 2004 es director del «Instituto Diocesano de Música Sacra de la diócesis de Florencia (Italia)». A continuación transcribimos la conferencia que brindó el día 2 de octubre del presente año en el Seminario «María, Madre del Verbo Encarnado» en San Rafael, Mendoza.

² L. Sédar Senghor (1906-2001), primer Presidente de Senegal, desde el 1960-1980, ha sido también poeta. Sus contribuciones a la revisión y al redescubrimiento moderno de la cultura africana hacen de él uno de los más reconocidos intelectuales africanos del siglo XX.

Meridional (hoy día Irak Sudoriental), autóctona o establecida en aquella región desde el tiempo en el cual emigró, o sea alrededor del 4000 a. C. Las excavaciones en el cementerio real de Ur³ y la iconografía musical con la que es ricamente decorada la arquitectura de la primera Mesopotamia histórica, dan a entender que la música es probablemente muy importante en las formas rituales típicas de aquella civilización.

En la Biblia -que ha tenido su cuna propiamente en la Mesopotamia-, se menciona por primera vez a la música en un relato que parece aludir a una época alrededor del 3200 o 3300 a. C., cuando se habla de Yubal, hijo de Lamec y de Ada, del cual se dice que fue «padre de cuantos tocan la cítara -kinnor- y la flauta -ugab-» (Gen 4,21).

Después de los Sumerios encontramos la civilización egipcia, una de las primeras civilizaciones de las que tenemos testimonios musicales. Los descubrimientos nos dicen que en el antiguo Egipto, donde los primeros instrumentos musicales fueron introducidos hacia el quinto milenio (antes de Cristo), la música tenía un rol muy importante: la leyenda dice que fue el dios Thot (divinidad egipcia de la luna, sabiduría, escritura, magia, medida del tiempo, matemática y geometría) quién la dio en don a los hombres.

Pasando al mundo griego la música tenía un indiscutible valor ontológico, o sea era muy tenida en cuenta por el pensamiento filosófico de la época, como demuestran las reflexiones de Pitágoras (570 a. C.-495 a. C.), que la consideraba «suma sabiduría» y, cien años después, Sócrates (470 a.C.-399 a. C.), que habla de la música como «suprema filosofía».

De estas menciones a la antigua historia de los pueblos nos es posible comprender, por tanto, cómo la música tenía las funciones de diversión y entretenimiento, pero también y sobre todo religiosa, de modo que era utilizada en las ceremonias sagradas.

³ Interesante es el redescubrimiento en el cementerio de Ur -entre las 1850 tumbas descubiertas- de dieciséis de ellas en las cuales abunda el ajuar funerario como vajillas, armas, ornamentos de oro e instrumentos musicales con incrustaciones de piedras preciosas.

El mismo filósofo Platón escribe que «la música es digna de veneración porque ella es un reencuentro con los dioses, don grandísimo del cielo para alivio de los males que nos oprimen sobre la tierra, para adquirir las virtudes morales que nos hacen mejores (...)»⁴.

Entre los paganos la música era a menudo personificada con la divinidad, considerando también que tuviese en sí misma la aptitud de unirse al culto hasta ser definida en el mundo romano como «amica templi» (amiga del templo)⁵, según es declarado por Quinto Horacio Flaco (65 a. C.–8 a. C.) uno de los mayores poetas de la edad antigua.

Para los antiguos paganos la música era, entonces, capaz de ofrecer dignamente a la divinidad alabanzas, oraciones y sacrificios, tanto que no se podían cumplir actos solemnes ligados al culto sin la música.

Podríamos afirmar, por tanto, que la música considerada «don divino» era el lenguaje «mejor» para comunicarse con la divinidad, por motivo de la atracción «misteriosa» contenida en el arte de los sonidos. Hoy día nosotros sabemos, sin embargo, que en realidad se trata de un poder misterioso debido a razones científicas (por ejemplo el campo de la organología y de la acústica), las cuales, no obstante, no acaban de explicar el poder intrínseco del lenguaje musical. La explicación última, desde el punto de vista cristiano, está en el pensar que en el arte musical hay una imagen del Misterio con el cual se comunica en Su esencia de relación y de comunión, participando al hombre la sobrenatural armonía eterna e inefable. Más profundamente, entonces, la música es un cuasi reflejo de la divinidad.

En consecuencia, la Iglesia no ha descuidado jamás el «valor» de la música, reconociendo los beneficios que ella aporta sea espirituales (en el culto), sea sociales, sea «terapéuticos», valorizando cuanto ya la sabiduría antigua –por ejemplo de Shu Ching en el S. VI a. C. en la antigua China– afirmaba: «para cambiar los comportamientos de las personas y alterar sus costumbres, no hay nada mejor que la música».

En efecto, entres los poderes misteriosos de la música se encuentra el de poder llevar al alma a la conmoción. A este propósito, son siempre fas-

⁴ PLATÓN, *De Leg.*, L III.

⁵ HORACIO, *L. III Odas XI*.

cinantes las palabras con las que Agustín de Hipona (354-430 d. C.) en sus «Confesiones» (IX, 6, 14) describe lo que estaba sucediendo en su ánimo: «Cuánto lloré con tus himnos y tus cánticos, fuertemente conmovido con las voces de tu Iglesia, que dulcemente cantaba! Penetraban aquellas voces mis oídos y destilaban tu verdad en mi corazón, con lo cual se encendía el afecto de mi piedad. Las lágrimas que corrían me hacían bien».

En estas palabras antiguas y, sin embargo, sorprendentemente actuales, se ve el poder evocador del canto, particularmente eficaz cuando se trata del canto coral, capaz de inducir a la «fuerte conmoción» (como la llama Agustín), quitando las penas del corazón, consolando, infundiendo fervor y uniendo fraternalmente.

Una tal gama de sensaciones, suscitadas por el canto litúrgico, paradójicamente ha hecho escribir a diversos autores sobre la preocupación de que esto no pudiese estar de acuerdo con una cierta teología, enriqueciendo lo que ya el mismo Agustín escribía, confesando el propio tormento en esto, temiendo de «pecar en modo de merecer castigo» si «la música mueve más que la realidad cantada», hasta preferir no oír cantar. Sabemos, no obstante, que el obispo de Hipona, recordando la profunda conmoción espiritual experimentada en su primer encuentro con la música sacra milanesa (de Milán), suavizó su rigorismo, llegando a afirmar que «el espíritu flaco se despierta a piedad con el deleite del oído»⁶.

Muchos siglos después el teólogo Tomás de Aquino (1225-1274), el cual está ligado a algunas de las más importantes composiciones litúrgicas⁷, reconocerá en estas palabras las motivaciones de la música sacra, útil para «estimular más y más la devoción de los espíritus débiles»⁸ y la importancia fundamental del canto. En un cierto sentido, él supera aun a la palabra en

⁶ *Confesiones*, X, 33,50.

⁷ Suyo es el himno Eucarístico «Pange lingua», cuya la secuencia «Lauda Sion». Se debe a santo Tomás el haber llevado a cabo el no fácil trabajo de crear una nueva liturgia para la Misa del «Corpus Domini», extendida a toda la Iglesia el 19 de junio de 1264 y celebrada por vez primera por el Papa Urbano IV. Suyo es también el popular himno «Adoro te devote latens Deitas».

⁸ *S. Th.*, q. 91 a. 2 corpus.

sí misma, llegando a escribir que «(...) si bien algunos fieles no entienden lo que se canta, saben muy bien que el motivo o fin de los cánticos es la alabanza a Dios, y esto es suficiente para moverlos a devoción»⁹.

Todavía dos testimonios sobre el poder de la música. En el período Barroco entramos al británico John Dryden (1631-1700), poeta, dramaturgo, crítico literario y traductor. Al final de su vida ha publicado, entre sus «Fábulas», su más grande poema lírico escrito tal vez para una sociedad musical londinense que celebraba el día de santa Cecilia. Se trata de una Oda titulada: «El poder de la música sobre el corazón humano»¹⁰, una de las más bellas obras poéticas del seiscientos. En la primera mitad del setecientos, esta Oda llega a ser uno de las obras de arte absolutas del tiempo, por obra del compositor Georg Friedrich Händel que la dirigió desde el órgano, por primera vez, el 19 de febrero de 1736. Es una obra profana, si bien escrita para la fiesta de santa Cecilia, en la cual se mezcla la perspectiva trágica con la preponderante perspectiva épica. En esto es casi un «unicum»: el coro y los solistas hacen las veces de «historicus»; Alejandro está en un banquete después de haber vencido a los persas; está junto a él el músico Timoteo, nuevo Orfeo que con el sonido de la lira infunde en el príncipe los más variados «afectos» comenzando por el de la caridad; en último lugar un recitativo coral que introduce el «máximo» del poder de la música, personificado por santa Cecilia.

También un conocido autor romántico de la literatura italiana reflexiona largamente sobre el valor y el efecto de la música: se trata de Iacomo Leopardi (1798-1837). En el «Tibaldone», un diario personal que recoge una gran cantidad de apuntes escritos entre 1817 y 1832 por un total de más de 4000 páginas, escribe:

«Digo que el efecto de la música alcanza principalmente al sonido. Quiero hacer entender esto. El sonido (o canto) sin armonía y melodía no tiene fuerza suficiente ni durable, al contrario, no es más que momentáneo en el ánimo humano. Por el contrario la armonía o la melodía sin el sonido o el canto, y sin aquel tal sonido que pueda ser musical, no produce ningún efecto. La música, por lo tanto consta inseparablemente de sonidos y de armonía, y uno sin el otro

⁹ S. Th., q. 91 a. 2 ad. 5.

¹⁰ Publicado por F. T. Palgrave, ed. (1824-1897), The Golden Treasury 1875.

no es música. El sonido es musical en cuanto armónico, la armonía, en cuanto aplicada al sonido. (...) Pero yo atribuyo el efecto principal al sonido porque en él está propiamente aquella sensación a quien la naturaleza ha dado esa milagrosa fuerza sobre el ánimo humano (como la ha dado a los olores, a la luz, a los colores); y si bien él necesita de la armonía, sin embargo, en el primer instante, el puro sonido basta para abrir y conmover el ánimo humano».

Como se puede notar, Leopardi se refiere más bien al «placer» que el sonido produce de modo natural.

Después de estas indicaciones sobre el origen, el fundamento y el poder de la música y del canto, consideremos ahora cómo la música puede ser vivida como «misión y servicio» en favor de Dios y de los hombres.

La reflexión filosófica sobre la música podría venir aquí en nuestra ayuda, pero deseo concentrarme sobre el testimonio directo de al menos dos conocidos músicos de la historia, sobre aquellos hombres que han dedicado al arte musical sus fatigas y energías por un fin, diría, «misionero».

Primeramente debemos citar a Johann Sebastian Bach (1685-1750), músico dotado de un elevadísimo sentido religioso, el cual implica su ideal en la música entendida como «don» de Dios e instrumento específico de la alabanza de Dios. En los autógrafos de sus «Cantatas» encontramos la sigla «Soli Deo Gloria», expresión latina que indica el dar «Gloria a Dios solo». Este lema ha sido utilizado también por otros artistas como George Friedrich Händel (1685-1759) y Christoph Graupner (1683-1760). La frase resume las creencias de base de los reformadores protestantes: en sustancia, todo lo que se hace debe ser para la gloria de Dios, con exclusión de la autoglorificación y orgullo por el género humano. Los cristianos deben estar motivados e inspirados por la gloria de Dios y no por la propia. Así entendida, la música se vuelve «servicio» hecho a Dios y a los hombres: el fin de la música es la santificación de Dios y la edificación de los hombres.

Después de Bach, querría citar la experiencia elocuente del músico compositor italiano Domenico Zipoli (Prato, 1688–Córdoba, 1726) que vosotros debéis conocer, puesto que se hizo misionero jesuita en Sudamérica ofreciéndose como voluntario para trabajar en las «Reducciones

jesuíticas»¹¹. El es recordado como el músico más completo entre los misioneros jesuitas. En 1717 -todavía novicio- dejó España con un grupo de 53 misioneros que llegaron a Buenos Aires, en el Río de la Plata (13 de julio de 1717). En 1718 se estableció en Córdoba (Argentina), donde siguió los estudios filosóficos y teológicos (1718-1724). Luego a causa de la falta de obispo no pudo ser ordenado sacerdote. Durante estos pocos años, se dedicó contemporáneamente a la actividad de compositor, de maestro de coro y de organista en la iglesia de los jesuitas. Pronto su trabajo se hizo célebre desde Paraguay a Perú, cuyo Virrey escribió a Córdoba solicitando las composiciones de Zipoli. Tronchado a causa de una enfermedad infecciosa de origen desconocido, Zipoli murió en Córdoba en la casa de los jesuitas, el 2 de enero de 1726. Sus cenizas se conservan en una urna en la iglesia jesuita de santa Catalina, en las montañas de la provincia de Córdoba (Argentina).

En estos dos testimonios de vida entrevemos la dignidad de su vocación y el compromiso que ella les ha solicitado. Se trata de dos vidas ligadas a la música, entendida y vivida como «don y servicio».

Entendemos cómo el arte musical, cuando es sentido y sufrido así, en su autenticidad, se vuelve «lenguaje del Espíritu», expresado a través del arte de los sonidos. En este sentido, a los artistas se les pide hacerse, de algún modo, pequeños «instrumentos» del Espíritu, de la Belleza divina que es «armonía, paz, alegría, gozo, exultación (...)».

Para ser instrumentos del Espíritu y «misioneros» a través de la música, viviendo el arte como servicio, comprendamos «que lugar (...) la fe, debe tener en la vida del artista, de cada artista: porque si el arte, según la escultural definición dantesca, es a *Dio quasi nepote*, ésta tiene necesidad de acercarse a Dios, de conocerlo en las fuentes de la Revelación, de amarlo en el esfuerzo constante de purificación y de donación, que el Cristianismo propone a través del Evangelio». La citación de Pablo VI, continúa ofreciendo ideas de reflexión muy importantes:

¹¹ Las «reducciones» eran los pequeños núcleos ciudadanos en que estaban estructuradas las misiones jesuitas del Paraguay, donde su conocimiento musical ayudó mucho a estas poblaciones indígenas a desarrollar su talento musical natural.

«(...) acordaos cuánto la fe ayuda al artista cuando ésta es verdaderamente vivida, en la paz de la posesión plena, como en la inquietud, y también en el riesgo que puede comportar: por la fe el artista encuentra el continuo estímulo para superarse, para expresarse mejor, para fundir sus experiencias en aquellas magníficas síntesis, de las cuales la historia del arte, en sus momentos más altos, nos ha dado incomparables modelos: como son -por citar algunos- (...) “las Pasiones” de Bach, el “Mesías” de Händel. Pero la fe debe ser también servida por él, con humildad de ánimo, con genialidad nunca satisfecha de búsqueda expresiva, con espíritu de ofrecimiento a Dios de los propios talentos, para el gozo y elevación de los hermanos. Este libre servicio de la fe no es camino fácil, supone fatiga, lucha, andar a contracorriente. Requiere sobre todo coherencia con la propia conciencia, generosidad de vida cristiana, ejercicio ascético de virtud»¹².

Si estos son los fundamentos sobre los cuales un verdadero músico debe apoyar la propia existencia, preguntémonos por último cómo y de qué modo la música se hace «servicio».

Ante todo, creo interpretar este «servicio», esta «misión» como una restitución de aquello que el Verbo ha hecho con nosotros y por nosotros. La citación, en este caso, de la primera carta del apóstol Juan:

«Lo que existía desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que contemplamos y tocaron nuestras manos, nosotros lo hemos visto y damos testimonio y os anunciamos la Vida eterna, que estaba vuelta hacia el Padre y que se nos manifestó. Lo que hemos visto y oído, os lo anunciamos, para que también vosotros estéis en comunión con nosotros. Y nosotros estamos en comunión con el Padre y con su Hijo Jesucristo. Os escribimos esto para que nuestro gozo sea perfecto» (1Jn 1, 1-4).

Esto nos muestra cual debe ser el ritmo de pulsaciones del corazón de cada cristiano, que desea participar personalmente en la misión de la Iglesia: vivir el Reino de Dios como el destino de la propia existencia. La misión es el «por Cristo» de la vida, es el no vivir por nosotros sino por Él, muerto y resucitado por nosotros. Si hablamos de misión a través de la Música, no debemos referirnos a la obra artística como sujeto y contenido, sino referirnos al beneficiario, al hombre.

¹² PABLO VI, discurso del sábado 10 de mayo de 1969.

Con esta atención, cada obra maestra musical no glorifica a si mismo, sino que -a través del lenguaje artístico, entendido como don y elaborado por el artista a través del genio- revela la belleza espiritual, a fin de expresar al hombre el «preludio» de la gloria divina: en tal sentido, el arte como servicio y misión se puede configurar como «profecía estética», una profecía que nos hace salir de nuestro angosto y restringido cotidiano para abrir el corazón y la mente al espacio infinito de Dios a través de la «contemplación estática».

Interesante, a propósito, es la citación de un discurso del papa Pío XII:

«La función de cada arte está en efecto en el romper el recinto angosto y angustiante de lo finito, en el cual el hombre está inmerso, puesto que vive aquí abajo, y en el abrir como una ventana a su espíritu anhelante hacia el infinito»¹³.

La vocación del músico, del compositor, del artista en general es la de hacer a Cristo presente en el mundo: el arte en tal sentido se vuelve expresión humana de la divinidad inexpresable. Si la sola «Belleza que salva» es Cristo, la belleza que debe sustanciar al creyente es la santidad, y la belleza -atributo de Dios- permite atravesar el recinto de lo finito a través de la expresión artística.

Desco terminar con dos citas del gran Papa Juan Pablo II:

«El hombre, contemplando el arte y su belleza, se abandona en ella como en la solicitud de sus elevaciones más genuinamente humanas, o sea espirituales; y por eso siente y transmite el encanto de la espiritualidad purísima, Dios, que es el origen y fin de cada espiritualidad creada».

Esto significa que el arte es querido por la Iglesia y ayuda a reconocer y alojar a Dios, puesto que la belleza exterior estimula la interior.

Por esto los artistas son invitados a una creatividad capaz de maravillarse: «la belleza que transmitiréis a las generaciones del mañana sea tal que suscite en ellas la comunión. Frente a la sacralidad de la vida y del ser

¹³ Pío XII, *Discurso y Radio mensaje XIV*, 8 de abril de 1952, 49.

humano, frente a las maravillas del universo, la única actitud adecuada es el asombro»¹⁴.

La Iglesia, el cristiano, el hombre contemporáneo puede encontrar en el arte la fuente del asombro y, a través del asombro, la actitud favorable para iniciarse en los divinos misterios, decidiendo recorrer seriamente el camino de la conversión en correspondencia a la llamada universal de Dios a la santidad. Os deseamos, entonces, haceros santos, o sea favorecer -a través del arte, cual gozo de la vida- el don de todos nosotros mismos y el hacer fructificar los talentos recibidos en el «servicio» de darse a Dios y a todos los hermanos en cada rincón de la tierra. Todo don recibido, según la parábola de los talentos (Mt 25, 14-30), es para hacer fructificar: «Aquel que había recibido cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: Señor, me has entregado cinco talentos; he aquí, he ganado otros cinco» (Mt 25, 20). Todavía en la primera carta a los Corintios, san Pablo afirma: «Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de obras, pero es el mismo Dios que obra en todos. A cada cual se le otorga la manifestación del Espíritu para provecho común» (1 Cor 12, 4-7).

En definitiva no se recibe nunca un don para si mismo: a cada hombre el Espíritu otorga sus dones, pero estos deben ser puestos a disposición de los demás. Quien desarrolla una tarea en la comunidad debe tomar conciencia del propio servicio como un don del Espíritu que ha recibido y pone a disposición de todos. Si esto es verdad para el músico con mayor razón cuando este desarrolla su ministerio durante la Liturgia, donde la alabanza a Dios se hace experiencia real, viva, eficaz, gozosa y contagiosa para todos los hombres de todo tiempo y lugar.

Espero que todos vosotros podáis experimentar la música así, iun don recibido y un servicio dado a los demás!

¹⁴ JUAN PABLO II, *Carta del papa Juan Pablo II a los Artistas*, 4 de abril de 1999, 16.